

POLITICA

El proceso político, cuyas líneas fundamentales fueron expuestas en el número anterior de ESTUDIOS, no se comprende fuera del contexto internacional. Lo que logremos será el resultado de nuestros propósitos como Nación. Pero en el mundo contemporáneo, en una medida apreciable lo que hagamos se encuentra condicionado o asediado por la situación internacional. Las potencias que pertenecen al sector industrial desarrollado del globo tienen enorme capacidad para imponer condiciones, sin que eso signifique dominio absoluto de la situación. Los países que se encuentran en los "barrios" del mundo, tienen menos capacidad y más motivaciones para el resentimiento o la resistencia no siempre potente. De tal modo, es un complemento necesario de la reseña anterior un vistazo al panorama internacional y al necesario comportamiento de la Argentina en el mismo.

Los tres mundos que son cuatro

El futuro inmediato tiene una fisonomía cada vez más clara. En él se advierte el perfil de la sociedad tecnológica, relevante frente a todo lo demás. La sociedad tecnológica supone todo un mundo de valores, de potencia, de ideas y de actitudes que echarán por tierra más de una ideología, y de viejos y nuevos romanticismos. Pero plantea desde ya tal cúmulo de riesgos para el hombre, que la desideologización prometida no es por sí misma garantía de humanización y de control progresivo de los conflictos. La distancia tecnológica crece ahora no sólo entre los Estados Unidos y América Latina, o el "tercer mundo", lo que es obvio y visible, sino entre aquel paísciniente y Europa, lo que anuncia la posibilidad de tensiones y conflictos futuros entre

SITUACION INTERNACIONAL Y TAREA DEL

68

aliados actuales. América Latina emerge sin duda alguna como una región que sólo a través de un movimiento integrador hábil y sinceramente conducido podrá terciar dignamente, pero al propio tiempo se diferencia cada vez más de los países asiáticos y africanos del llamado Tercer Mundo. Por lo tanto, el "tercer" mundo va siendo en realidad el cuarto. Mientras América Latina es una región desapareja pero potencialmente capaz de alcanzar un adecuado nivel de desarrollo hacia los años setenta, el tercer mundo ofrece en general posibilidades muchísimo más modestas en ese orden de cosas pues el subdesarrollo es en él una situación compartida, pareja y relativamente homogénea.

¿Renacimiento de la "guerra fría"?

Por una parte el hecho nuclear, por la otra el hecho político, seguirán gravitando en el año 1968 que aparece como un año particularmente difícil para la paz mundial. A esos debe añadirse el hecho económico, que tiende a ser cada vez más amenazante para las economías del tercero y cuarto mundo.

Hay acuerdo en que luego de la segunda guerra mundial, dos superpotencias habían monopolizado las decisiones internacionales creando el mundo bipolar de la guerra fría. Esta había llegado a ser un "estado" de las relaciones internacionales, que los dos colosos llegaron a dominar con un lenguaje más o menos convencional y compartido, y con crecientes posibilidades de comunicación entre ambos. Las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, condicionada por el hecho nuclear, se tradujeron en recelo recíproco constante, pero a la vez en una mayor comprensión de las limitaciones de ambos. Hecho nu-

clear, hecho político, estrategia y diplomacia se confundieron hasta dar nueva vigencia a la idea de Clausewitz: "La guerra debe corresponderse enteramente con las intenciones políticas y la política debe adaptarse a los medios de guerra disponibles".

Y los medios de guerra son de tal magnitud, que terminaron por acotar las intenciones políticas. El pesimismo de algunos ha sido relativamente desalentado: en realidad, las posibilidades de una guerra total de tipo nuclear son por ahora muy escasas, y el control técnico de la situación, en ese orden de cosas, aceptable. Pero el mundo bipolar de la postguerra se ha complicado. La presencia solitaria y dominante de los Estados Unidos y la Unión Soviética es ahora discutida y criticada desde ambos sectores del mundo. Los chinos han provocado deliberadamente la escisión quizá definitiva del mundo comunista, otrora monocentrista y relativamente monolítico. Los franceses han aprovechado flancos vulnerables de la política exterior norteamericana para subirse a los hombros de Europa, usando la "técnica del ascensor", y favorecer su posición internacional a través de la dimensión europea. El mundo bipolar es ahora multipolar. La "entente" ruso-norteamericana es asediada por varios focos de conflicto: Vietnam, Berlín, Medio Oriente, Chipre. Quizá se multipliquen. Por lo pronto se han acumulado en las Naciones Unidas sin que hasta ahora exista una fórmula suficiente para ir resolviéndolos ni haya un acuerdo eficaz para evitar que el proceso de acumulación sitúe los problemas más graves en un lugar secundario, sencillamente porque sobrevino un problema peor. Esta tendencia es la que podría derivar en un peligroso renacimiento de la "guerra fría", que en realidad había agotado sus posibilidades hacia 1962, luego de la crisis de Berlín y la de los "missiles" cubanos, cuando las dos grandes potencias del mundo bipolar habían probado hasta dónde era

prudente llegar a cada lado del globo.

Influencia del hecho económico

Si el hecho nuclear y el político condicionan el proceso internacional, el económico es capaz de producir los conflictos más intensos y duraderos o de ayudar a resolverlos. Depende de las actitudes, intereses y comportamientos de los que tienen más respecto de los que tienen menos, y de éstos entre sí. Pero también de la mayor lucidez de los que, por su papel, están llamados a adoptar decisiones ejemplares y esclarecedoras.

El hecho económico encierra grandes ambivalencias. Por un lado, los países desarrollados hablan —y a veces hacen— de ayuda económica, lo que en ciertas condiciones no repugna a los beneficiarios, sino que los sitúa en actitud de permanente reclamo. Pero éstos han advertido ya que el problema central no está en la mayor o menor ayuda: el problema central vuelve a situarse en el complejo asunto de la **justicia en el comercio internacional**. En este orden de cosas, no cabe duda que el año 1968 será de prueba.

Interesa a la Argentina el hecho económico. En sí mismo, en su región, respecto de Europa y de los Estados Unidos. Una actitud reticente respecto de la ayuda y de la inversión extranjera sería poco inteligente. Un comportamiento de brazos abiertos y en posición de impotencia para la respuesta a la agresión eventual o la conquista económica sería no sólo mediocre como conducta internacional, sino cobarde como conducta nacional. Hallar el punto medio, con sensibilidad adecuada tanto al pragmatismo como a la justicia, a los requerimientos del desarrollo como al interés nacional, es lo más difícil pero también lo que se impone.

Política exterior y situación internacional

Los hechos políticos, tecnológicos y económicos que acontecerán en el medio internacional serán también parte de la circunstancia de la Argentina. Hechos concretos afectarán, como es obvio, su política exterior, y ésta su posición relativa dentro del sistema al que pertenece.

El hecho nuclear escapa a sus posibilidades de decisión (Cf. Estudios 586), aunque tiene que ver con su desarrollo tecnológico y en esa medida la Argentina juega su futuro a la apuesta entre el acceso a la tecnología contemporánea o su alejamiento del mundo desarrollado del futuro —de los años setenta y del dos mil—. El hecho político gravitará más directamente. Repárese en un hecho político de 1968 que por mil caminos afecta desde ahora a buena parte del mundo y a nuestro país: las elecciones presidenciales en los Estados Unidos. Estas significan que todos los sectores norteamericanos se aprestan desde ya para ellas. Que muchas decisiones se adoptarán en función de los comicios y que varias no contemplan los intereses de los demás, sino exclusivamente los intereses de los electores norteamericanos. Ese contexto, solamente, producirá más dificultades que decenas de problemas menores en el orden internacional. La Argentina y los demás países interesados en el comercio con los Estados Unidos lo experimentan ya. El embajador Alsogaray ha descubierto que también los Estados Unidos saben ser proteccionistas cuando les conviene y que la libertad económica quizá no sea el paradigma de la justicia comercial cuando la igualdad de oportunidades no es precedida por cierta igualdad de condiciones entre los contratantes, como nos recuerda el "ingenuo" Pablo VI en la encíclica *Populorum Progressio*, que cuenta ya con interpretaciones edulcoradas para satisfacción de algunos sectores económicos.

La situación internacional estará "presente" entre los argentinos durante el año previsiblemente crítico de 1968. La política exterior debe afinarse mucho más para contribuir a la mejor ubicación de nuestro país en dicho contexto. El Ministerio de Relaciones Exteriores está logrando una buena dotación para ello a raíz de la incorporación de algunos hombres capaces y del retorno de otros que se han perfeccionado con experiencia y estudios en el extranjero. Eso salva en parte la objetiva mediocridad de los elencos que habitualmente pueblan y multiplican una de las burocracias más estables e impenetrables del Estado.

Hasta ahora nos parece justo decir que el Canciller ha realizado una de las tareas más eficaces de las que exhibe el elenco ministerial. No todos han sido aciertos. Desde estas páginas hemos criticado, por ejemplo, la posición de la Argentina en la última reunión de la O.E.A., particularmente desacertada a nuestro juicio. Pero la apreciación general de la gestión y el equipo que está formando el Canciller permiten un prudente optimismo acerca del futuro inmediato de su tarea.

Ciertas líneas merecen ser acentuadas; otras dependen de los humores del país. Porque es elemental que no se puede presentar un buen semblante hacia los demás cuando uno padece malestares internos. Ni se puede "ser" **ejemplar** —que es uno de los elementos de apoyo para una agresiva política exterior— si nada ejemplar se "hace".

El gran tema de la Argentina para 1968 —y para un largo futuro— debe ser la **integración latinoamericana**. Será preciso que nuestra política exterior sea franca en ese sentido, que llegue a la opinión pública y que grave en el comportamiento de los sectores y grupos de interés. Otro tema debe ser el papel nacional en las Naciones Unidas a raíz de los conflictos internacionales sin solución y los que se

avecinan. La Argentina puede adoptar una posición mediadora constante usando, eso sí, de tesis cada vez más elaboradas, complejas e inteligentes.

Por la política exterior pasarán, también, responsabilidades inherentes al impacto de los hechos económicos en el interés nacional, sobre todo en el terreno de las inversiones extranjeras que dependen de prudencia y equilibrio en la consideración de las condiciones. Y tendrá que hacer, por fin, cuando en los Estados Unidos se sepa quién dominará el máximo poder: si un "halcón" o un "palomo"; si un conservador o un liberal en el sentido norteamericano, porque según sea el resultado, la Argentina y los latinoamericanos pueden tener más o menos dificultades.

Nuestra política exterior dependerá, en suma, no sólo de los condicionamientos en parte descriptos, sino de cómo se perfila el modelo político, económico, militar y cultural de la Argentina del 68. Hasta ahora el primero es neutro —pues aunque el régimen es castrense y autoritario, no es autoritario ni totalitario—; el segundo es positivo respecto de la imagen de la Argentina en los medios económicos y áreas de influencia; el tercero es pendular, pues pasa de conceptos demasiado rígidos de la seguridad nacional —que son capaces de afectar nuestra postura exterior como ocurrió en la O.E.A.— a otros más flexibles e inteligentes; y el cuarto es negativo, si se juzga lo que podría llamarse la "cultura oficial" de la Argentina y su proyección exterior, comparada con la cultura "privada" o de los particulares que muestran una Argentina cultural de avanzada pero que procura desligarse de toda relación con la cultura de funcionarios. Corregir esos modelos allí donde sea preciso redundará en beneficio para la posición exterior de la Argentina. Y esa es la tarea del 68.

Carlos Temple